

¿Nuevas palabras, nuevas ciudades?

JOAN VICENTE RUFÍ

Dept. de Geografia, Història i Història de l'Art
Universitat de Girona
joan.vicente@udg.es

Resumen

El texto presenta un elenco de palabras y conceptos, neologismos, que desde los años noventa han aparecido para dar nombre a nuevos fenómenos urbanos. Se buscan sus orígenes, se explican sus diversos significados y las interrelaciona. El objetivo es doble: por un lado, intentar clarificar un lenguaje a menudo confuso y, por el otro, encontrar tras ellas líneas de interpretación de la ciudad contemporánea.

PALABRAS CLAVE: *ciudad postmoderna, New urbanism, nuevos procesos de urbanización*

Introducción

El objetivo de este texto es presentar y analizar una serie de neologismos y de nuevos conceptos aparecidos en los últimos años que tienen como intención describir y explicar fenómenos urbanos contemporáneos, básicamente en las sociedades occidentales. En el origen de este objetivo está la constatación, como se verá, de que algunos de estos términos son utilizados de una manera equívoca o con una polisemia que puede ser la causa de recientes debates territoriales.

A partir de esta premisa, se ha hecho algo así como un vocabulario, intentando encontrar los significados de los neologismos y sus fuentes. Posteriormente, y a manera de conclusión provisional, se propone una lectura “cruzada” de los diferentes conceptos con el fin de ver hasta qué punto es posible destilar de ellos tendencias coherentes para reconocer la ciudad actual.

Finalmente se tiene que resaltar el hecho que este texto es una síntesis de un trabajo más amplio e inacabado. La síntesis ha consistido en una selección del número de palabras que aparecen, de manera que han quedado fuera las que, a criterio del autor, aportaban menos contenido, eran especialmente reiterativas o su estado de análisis era más incipiente.¹

1. Han quedado fuera, por diversos motivos, los siguientes conceptos: pentúrbia, micrópolis, mesópolis, ciudad intensa, ciudad genérica, ecópolis y campos urbanos. También el último apartado de conclusiones ha sido resumido.

La exploración de la ciudad “desconocida”

Actualmente, palabras y conceptos como “metrópolis”, “ciudad-jardín”, “conurbación”, “megalópolis” o “contra-urbanización” ya forman parte del vocabulario académico y técnico, en algún caso incluso del de la calle. Todos ellos han tenido el valor de dar nombre a fenómenos emergentes o, en algún caso, hacer que emergieran nuevos fenómenos, “hacerlos visibles” como diría Paul Klee en otro contexto. Asimismo, todos son testimonio de la naturaleza cambiante de la ciudad, en la medida que es un producto de las prácticas espaciales de cada una de ellas en cada momento. Por otra parte, no hay que olvidar que el espacio urbano es el punto de encuentro privilegiado entre las innovaciones en las relaciones sociales —y sus plasmaciones físicas— con los testimonios de tiempos pasados: la ciudad como palimpsesto, según la analogía que proponía André Corboz (2001). Así pues, periódicamente, o quizá permanentemente aunque con momentos de especial intensidad, reaparece la necesidad de re-conocer el espacio urbano. Esta necesidad —impuesta por muchos motivos, desde el miedo a lo desconocido, al afán de dominación, pasando por las perspectivas de explotación— la expresa muy bien el urbanista Marco Torres refiriéndose a un período y a una ciudad, Londres, paradigmáticos:

Mientras viajeros, geógrafos, cartógrafos y la política imperial de algunos estados europeos se ocupaban de la exploración, el descubrimiento y la civilización de las colonias extra-europeas, mientras botánicos, biólogos hacían los grandes viajes naturalísticos por nuevos continentes (...); mientras, en sustancia, se daba un proceso profundo de renovación de las ciencias naturales y económicas (...), en torno al año 1830, médicos epidemiólogos, apasionados de la estadística, hombres de iglesia, parlamentarios, funcionarios, agitadores políticos, filántropos, escritores y periodistas exploraban y descubrían la cara oculta de las metrópolis de la civilización capitalista occidental (...). Detrás de la fachada de la ciudad burguesa (...) se descubre el espectáculo de la existencia de una gran masa de individuos que viven en condiciones similares a las de los pueblos “inciviles” o “salvajes” de África.” (Torres, 1996, p. 37).

En los años sesenta del siglo xx se habla de nuevo de la ciudad como un espacio desconocido: es el geógrafo franco-norteamericano Jean Gottmann (1961) quien escribe que “la nueva frontera es la urbana y la suburbana”. Él es quien, junto con otros autores como Jane Jacobs y Lewis Mumford, observa el proceso de suburbanización de la sociedad de los Estados Unidos como un nuevo proceso de colonización y de “conquista” de territorios “vírgenes”. Una continuación del mito de la frontera —del *go west*— tan presente en la historia del país. Simultáneamente, este fenómeno de urbanización a una escala jamás vista, es entendido como el inicio de la crisis de la ciudad y del medio natural tal como eran conocidos. Entonces la geografía ejerce otra vez el papel que le reclama Dematteis (1995): explora, cartografía, pone nombres, revela... y Gottmann “descubre” la Megalópolis, un nuevo fenómeno con una nueva palabra —o, más exactamente, una palabra recuperada—, que pasará a formar parte del lenguaje académico y también del lenguaje corriente.

La referencia a Gottmann hace al caso porque, precisamente mediados los años noventa, Neil Smith (1996) recupera la expresión de “la nueva frontera urbana y suburbana” aplicándola a la ciudad contemporánea, marcada por los cambios tecnológicos, por la globalización de la economía, por las migraciones y por la puesta en cuestión de los modelos urbanos y urbanísticos determinantes de la segunda mitad del siglo pasado.

En efecto, Smith sostiene, y con él muchos autores como se verá a lo largo de este texto, que la ciudad contemporánea vive grandes transformaciones tanto en sus límites exteriores como en su espacio interno, unas transformaciones que marcan época por cuanto modifican las relaciones socioespaciales y sus formas.

Así se llega a una situación que hace que Lanzani, Boeri y Marini (1993) escriban de “nuevos espacios sin nombre”. En su texto este título está suficientemente argumentado si bien la frase descontextualizada es claramente inexacta, puesto que son muchísimos los neologismos que desde mediados de los ochenta han querido bautizar estos espacios. Pero los que se han difundido acaban siendo usados, a menudo, de una manera indiscriminada: como sinónimos cuando en su origen expresaban significados diferentes o, inversamente, como diversos cuando, en su origen eran lo mismo. Reunir estas palabras y conceptos, como mínimo los que aparecen como principales, relacionarlos y referenciarlos entre sí, puede ayudar a aclarar en alguna medida cosas que suceden, conocer mejor los nuevos espacios urbanos —y también los “viejos”—, ser más precisos en las metáforas.

Las palabras para la nueva ciudad

Exópolis

Exópolis es un término que propuso el geógrafo Edward Soja (1989, 1996 —con Scott— y 2000) para designar las “ciudades” que nacieron desde mediados los años setenta en torno a Los Angeles. Sus estudios se centran, principalmente, en el condado de Orange (Soja, 1989 y 1996) un espacio urbano surgido a remolque de la nueva industrialización basada en la investigación y producción de tecnologías punteras, de telecomunicaciones, de biología, militares y de servicios avanzados. Según Soja, representa un nuevo tipo de espacio, característico de la sociedad contemporánea:

Alguien ha denominado estas amorfas implosiones de arcaicos “suburbios”, “outer city” o “edge city”, otros “technopoles”, “technoburbs”, “silicon landscapes”, “post-suburbia”, “metroplex”. Yo las llamaré, en conjunto, exópolis, la ciudad-sin (...), una plena ciudad sin ciudad. No son sólo exo-ciudades, son también exciudades, diferentes de lo que las ciudades solían ser (Soja, 1996, p. 238).

Exópolis es presentada por sus partidarios como la ciudad soñada, perfecta. Un espacio urbano a la vez real e irreal, hiperreal lo llamaría Umberto Eco (1996), o “real-imaginado” siguiendo las teorías de Henri Lefebvre (1991, original del 1974). Según Lefebvre, el espacio generado presenta tres formas “trialecticamente” relacionadas: real/percibida, imaginada/concebida y real/imaginada, vivida. Dentro de esta trilogía, Exópolis se sitúa en el tercer factor, es un simulacro, “una copia exacta de una ciudad que nunca ha existido” (Soja 1996, p. 10), una ficción —de paisaje, de sociedad, de memoria urbana. Es un lugar urbano —Soja habla de “ciudad sin ciudadanía”— en cierta manera ajeno al espacio y al tiempo precedente y al contextual; el espacio/tiempo se lo “crea” de acuerdo con sus necesidades: es pues una heterotopía según la definición de Michel Foucault (1994, original de 1981). De esta manera, la vida en exópolis sería real —allí se trabaja, se duerme...— pero, a la vez, ficticia en la medida que muchas de las sensaciones y experiencias que genera son producto de un simulacro —de historia, de

naturaleza, de comunidad... Serían, son, una especie de parque temático dedicado a la vida cotidiana. De hecho, la Walt Disney Corp. figura como promotora de algunas de estas exópolis y se habla de la “disneyficación” de la realidad (Michael Sorkin dice “*see you in Disneyland*”, Dejan Sudjic habla de Walt Disney como una “*planificadora urbana*”, Sharon Zukin escribe *The landscape of power from Detroit to Disneyland*).

Estos adjetivos y análisis más o menos abstractos tienen también su reflexión más materialista en el sentido de entender la Exópolis “simplemente” como un modelo inmobiliario para hacer más atractivo el suburbio de siempre. Véase cómo el condado de Orange a finales de los ochenta era promocionado, según una cita de Joel Garreau, de la siguiente forma:

Es un parque temático —de 768 millas cuadradas— y el tema es “puedes tener lo que desees. Es el ambiente más californiano de California: lo más parecido a las películas (...) lo más parecido a un sueño. Ven a Orange County. En ningún sitio como en casa” (Garreau 1991, p. 271).

Edge city

En 1991, el periodista del *Washington Post* Joel Garreau publicó con notable éxito *Edge city, life in the new frontier*. A partir de este libro, el término *edge city* pasó a ser uno de los más usados, a menudo de una manera poco precisa en relación a la definición original, cuando se hablaba de las nuevas ciudades norteamericanas (y, por extensión, en algunos casos europeas). Garreau se plantea el texto como una exploración hacia tierras desconocidas, la “nueva frontera” tan presente en la literatura y la mentalidad norteamericana. La propia expresión *edge city*, ciudad del límite o en la linde, remite ya a esta imagen.

Para Garreau, aunque en ciertos momentos parece contradecirse, las *edge cities* y sus habitantes significan algo así como una vanguardia, los pioneros, de un nuevo modelo social y económico, por tanto, también territorial. En una lectura abiertamente favorable, en realidad todo el libro es un encendido elogio a las *edge cities*, llega a afirmar:

A principios del siglo xx, H. G. Wells, Le Corbusier y Frank Lloyd Wright nos decían que, a no tardar, combinaríamos la naturaleza con nuestros artefactos para crear nuevas ciudades extraordinarias. (...) Y lo hemos hecho tal como ellos las imaginaban. Construimos *edge cities* (Garreau, 1991, p. 389).

Según Garreau, el origen de las *edge cities* suele estar en la localización y re-localización fuera de la gran ciudad de las industrias más competitivas y de los centros direccionales, siguiendo con ello la dinámica de suburbanización iniciada en los años cincuenta. Un primer esfuerzo de Garreau se centra en argumentar, por un lado, la diferencia entre las *edge cities* y las Suburbia,² y por el otro —y como consecuencia—, demostrar que las *edge cities* son ciudades, no suburbios ni ciudades satélite. Consigue ambos objetivos al explicar experiencias de *edge cities* concretas y constatando que todas ellas contienen lo que el autor considera los elementos definitorios de una ciudad: industria, gobierno, seguridad, cultura, sociedad y religión. Visitando nueve áreas a lo largo y ancho de los Estados Unidos, Garreau observa que las *edge cities* no son ciudades dormitorio sino que, por el contrario, son los grandes puntos de generación de ocupación del país.

2. Véase la palabra “postsuburbia”.

Ve que son centros de consumo y creación cultural, hasta el punto de “independizarse” de los centros metropolitanos; argumenta que en las *edge cities* están presentes la comunidad, el sentirse partícipes de algo que trasciende al individuo y a la familia, el buen gobierno y la seguridad. Todo ello lleva a que se pueda hablar sin problemas de “nueva ciudad”: para Garreau las *edge cities* no son “un vampiro sin alma”.

Sus análisis de las *edge cities* son a la vez funcionales, sociales y morfológicos y en todos estos aspectos llega a la conclusión de que son ciudades “mejores” que las ciudades precedentes. Este “mejor” se refleja en la satisfacción de sus residentes, se diría una especie de utopía, por el dinamismo económico que generan y, también, por su belleza (aunque con críticas puntuales referidas al *kitsch*). Incluso acaba descubriendo que la *edge city* no es un producto “racial” sino “de clase” —una opinión con la que no todo el mundo está de acuerdo (Rusk, 1993; Harvey, 1998; Kotkin, 2000)—, superando con ello uno de los parámetros fundamentales de la construcción y la problemática de la ciudad americana.

Otro elemento básico de la definición de las *edge cities* es su origen y motor. Las *edge cities* son mayormente un fenómeno económico, cuyos ideólogos, —calificación que Garreau no aceptaría— y padres son los agentes inmobiliarios:

Los promotores ven *edge city* de la misma manera que ven América: como la gestión de un problema, no como la gestión de una ideología. Por ello, su perspectiva es totalmente opuesta a la de los diseñadores. (...). Éstos creen que la conducta humana es maleable (...). Los promotores lo ven exactamente al contrario. Para ellos, la *edge city* es un producto de la sociedad (Garreau, 1991, p. 271).

Ello no quiere decir que no exista un diseño y una reflexión previos, pero en todo caso se trata de una reflexión pragmática y de respuesta a lo que, como se ha dicho, se considera la demanda del mercado en lo que se refiere a ambiente, arquitectura y servicios. Por eso, según Garreau, las *edge cities* son fenómenos, en general, generan rechazo a los académicos y a muchos profesionales planificadores. Las *edge cities* son lo que la gente quiere, resultado de la demanda y no una imposición intelectual de arquitectos o políticos “despóticos”.

Desde círculos académicos, y no solamente desde ellos, el concepto de *Edge cities* ha sido utilizado, elogiado y vituperado. En algunos casos ha sido criticada cierta falta de rigor en los análisis de Garreau (Borja y Castells, 1998; Singham, 1997), que llevarían a apreciaciones equivocadas y a analogías imposibles (como la *Défense* de París, que según Garreau sería una *edge city*). Entre estas críticas son frecuentes las que creen que la *edge city* según la piensa Garreau, es una ficción: un nuevo nombre para un fenómeno ya conocido. Entre otras cosas que se le niegan a la *edge city* está precisamente la condición de ciudad, por cuanto se la sigue considerando como un fenómeno dependiente de un centro urbano de jerarquía superior, como un suburbio. De hecho, leyendo el libro, en las *edge cities* no se sabe dónde viven las personas que se ocupan del servicio doméstico, del mantenimiento, los tenderos..., o sea que no hay diversidad social ni, posiblemente, tampoco racial (aunque puede haber *edge cities* para todas las razas o grupos étnicos). ¿Es pues una ciudad?

Ello no ha sido obstáculo para que el término haya tenido notable difusión y se encuentra citado con cierta asiduidad, en algunos casos, con una intención muy alejada

de la idea de Garreau: normalmente *Edge city* es usado precisamente como sinónimo de suburbio o de ciudades periféricas (Harvey, 1996; Sachs, 1996; Verdú, 1996) y no como antítesis a estos modelos y realidades;

La ciudad americana actual (...) ya no se encuentra allí (en la gran ciudad) sino en la disposición sobre miles de millas cuadradas en el extrarradio. El territorio metropolitano es, mayormente, "suburbano": zonas residenciales, amplias concentraciones de asfalto, vegetación y césped. Estas formaciones extensivas han recibido el nombre de *edge cities* o también *superurbs*, *disurbs*, *suburban downtown*, *urban villages*, *urban cores* o *pepperoni pizza cities...* (Verdú, 1996, p. 196).

... la creación de una suburbanización infinita, las llamadas *edge cities* y de megalópolis difusas... (Harvey, 1996, p. 38).

Seguramente Garreau lo aceptaría todo, asumiendo que algo de razón tienen tanto las críticas como las interpretaciones desviadas, toda vez que, para él, todo es cuestión de tiempo. Su paso demostrará que lo que ahora sigue pareciendo suburbio, es ciudad, que lo que ahora se considera individualismo, es comunidad o que lo que se ve como cartón-piedra, es realidad.

Postsuburbia

Suburbia es el nombre con el cual a partir de los años sesenta empiezan a ser denominados los suburbios de clase media en el entorno de las grandes ciudades norteamericanas. El proceso de suburbanización en los Estados Unidos se inicia ya en los años veinte y treinta, pero es a partir de los cincuenta, desde la posguerra, que el fenómeno es masivo hasta el punto de significar que casi todas las ciudades industriales tradicionales comienzan a perder población en valores absolutos (Barnett, 1988; Rusk, 1993).

El proceso contó con la complicidad y el impulso de la Administración federal por la doble vía de incentivar la propiedad privada de la vivienda y, al mismo tiempo, la movilidad individual con el gran programa de redes de autopistas, todo ello al amparo del modelo social y económico del fordismo. La casa unifamiliar —y, por tanto, la familia—, el jardín y el garaje forman un triángulo fundamental de lo que se llamó "el sueño americano". Los motivos del éxodo urbano son diversos, entre los cuales cuentan mayormente el coste de las viviendas en las grandes ciudades, otros aspectos de calidad de vida y, también, étnicos.

Como es sabido, en los setenta, se llega a una interpretación de la extensión de los suburbios en el sentido de "contra-urbanización", según la bautizó Brian Berry (1976), y es asociada a una crisis de la ciudad (recuérdese que coincide con el crack fiscal de Nueva York...). El suburbio no es pues tan sólo una parte periférica de la ciudad, ni únicamente un tipo de urbanización, sino que es también un modo de vida, el de Suburbia, o como decía Julian Barnes en su novela *Metrolandia*:³ "Metrolandia no es un lugar, es un estado mental".

Paralela, y paradójicamente, a mediados de los sesenta se vislumbran ya algunos de los problemas de los suburbios, tanto de carácter sociológico como funcional y econó-

3. Metroland es una zona residencial en la periferia de Londres que se desarrolló en paralelo a la extensión del metro.

mico. El aislamiento de las personas, la congestión provocada por el *commuting*, la fragmentación social y espacial derivada del *free riding*,⁴ los problemas ambientales... pasan a ser objeto de multitud de estudios y, desde luego, del debate político y de las artes (Mumford, 1961). También se analizan, y de ello hace ya cuarenta años, desde una perspectiva crítica por lo que significan de pérdida de centralidad, crisis de las ciudades históricas y densas (como clásico, Jacobs, 1961) hasta el punto de llevar al arquitecto Andres Duany (2000) a escribir *Suburban nation: the rise of sprawl and the decline of the American dream*.

Postsuburbia es pues una superación del suburbio, la “pérdida del prefijo “sub” (Teaford, 1997). Según John Teaford en su libro *Post-Suburbia: government and politics in the edge cities*, el suburbio se ha convertido en una nueva ciudad progresivamente compleja en su funcionalidad, que no se limita a ser sólo residencial, semejante pues a la *edge city* propuesta por Garreau (1991) o a la *Exópolis* de Soja (1996). Teaford analiza postsuburbia no solamente como un fenómeno nuevo, sino como una evolución ya con veinticinco años de historia,⁵ que ha hecho emerger algunos problemas como los derivados de la densificación contradictoria con el “espíritu suburbano” (a la que también alude Garreau y, en mayor medida Robert Fishman, 1989) y a los de gestión.⁶

Postmetrópolis

Postmetrópolis es Los Angeles. Quizá la afirmación sea exagerada, pero es cierto que esta metrópolis ha sido la primera a la que se le ha atribuido tal calificación y que ha sido sometida a múltiples análisis a partir de esta hipótesis (Dear, 2000; Soja, 1996, 2000; Scott y Soja, 1996). No es sólo un concepto urbanístico sino, con toda evidencia, también de relaciones sociales y espacio-temporales. Es la metrópolis capaz de contener la mayor fragmentación y a la vez los elementos que hacen al mundo pequeño y contemporáneo; la postmetrópolis es la ciudad/aleph (Soja, 1989, 1996 y 2000), la ciudad que contiene todas las ciudades:

La nueva geografía del urbanismo postmetropolitano es vista como el producto de la descentralización y de la re-centralización, de la desterritorialización y de la re-territorialización, del *sprawl* y de la intensificación, de la nuclearización, de la integración y de la desintegración... (Soja, 2000, p. 250).

La postmetrópolis ha tenido que romper la lógica socioespacial de la metrópolis basada en una aglomeración física para llegar a una aglomeración de hechos y funciones sin necesidad de contigüidad, a la vez que la contigüidad de los hechos no implica que tengan relación entre si. La postmetrópolis es, pues, un fenómeno poliédrico y para describirlo Soja propone un alud de nueva terminología (Soja, 1996, p 21). Así es como Soja

4. Se denomina *free riding* a la situación muy extendida de parte de las periferias metropolitanas que disfrutan de los beneficios de la gran ciudad sin participar de sus costes, aprovechando la fragmentación administrativa de muchas áreas urbanas.

5. Ya en 1976 la Asociación de Geógrafos Americanos dedicó un número monográfico al tema con el título de *Geographical consequences of the urbanization of the suburbs*.

6. Véase la entrada “privatopia”.

(1996 y, en mayor medida, 2000) habla de *flexcity*, como ciudad flexible en sus límites y contenidos, adaptable a nuevas ofertas y demandas. La postmetrópolis es “cosmópolis”, un espacio “glocalizado”, capaz, como se ha dicho, de contener simultáneamente la máxima fragmentación del lugar y la homogeneidad de la lógica global. Es también “exópolis” o, más exactamente, “contiene exópolis”, la ciudad sin ciudad en el sentido clásico del término, sin ciudadanía. Es *polaricity*, la ciudad polarizada y que por ello es *carceral city*, ciudad de opresión y de encierro, de rigurosa diferenciación social y espacial, que implica fragmentación y violencia; no es un espacio de libertad y seguridad sino más bien al contrario (en este sentido conecta con alguno de los aspectos fundamentales de privatopia). La postmetrópolis es, finalmente, *simcity*, la ciudad del simulacro, de la hiperrealidad. Seguramente, toda metrópolis contiene testimonios de postmetrópolis.

Technoburb

Inevitablemente, algún neologismo tenía que referirse a la ciudad transformada por las tecnologías de vanguardia. Quizá fuera más exacto decir que se trata, según algunos autores, de algo más que un impacto toda vez que lo que provoca es una nueva ciudad. Robert Fishman (1989) titula el capítulo 7 de su libro *Burgeois utopias: the rise and fall of Suburbia*, “*Beyond Suburbia: the rise of Technoburb*”. En su opinión, “la technoburb es una ciudad que ha emergido como una ‘unidad socio-económica viable’, separada de la ciudad vigente y ubicada según una lógica de accesibilidad, preferentemente a lo largo de autopistas. Son unas ciudades con *malls* —nunca sin *malls*—, parques industriales, escuelas, hospitales y un amplio abanico de tipologías de viviendas. La *technoburb* ha generado diversidad urbana sin la tradicional concentración urbana” (Fishman, 1990, p. 184). Según esta definición, se trata de algo bastante semejante a las *edge cities*, aunque se subraya el factor económico no sólo como base económica de estas ciudades sino también como el elemento que las hace posibles al permitir su localización y funcionamiento.

Hay, sin embargo, otros términos que, partiendo de la ciudad y de las tecnologías, ofrecen una versión más bien metafórica (Boyer, 1996; Castells, 1995; Castells y Hall, 1994; Echevarría, 1994, 1998; Mitchell, 1996, 1999...), como por ejemplo “ciberciudad”, ciburbia, ciudad informacional, tecnópolis, telópolis, e-polis, *softcity*, o *city of bites*. En estos casos se está hablando de una ciudad virtual, a-geográfica, posible con las tecnologías e instrumentos de comunicación e información, que adquieren atributos de vida urbana: vecindad, conversación, accesibilidad...:

He propuesto llamar Telópolis (la ciudad global, la ciudad a distancia) a una nueva forma de interacción social que se ha ido desarrollando a finales del s. xx y que tiende a expandirse por todo el planeta. (...). Al hablar de una ciudad global estoy proponiendo que los múltiples cambios que las tecnologías de las telecomunicaciones están induciendo en el mundo, sean pensados como otros tantos pasos para construir una ciudad planetaria, y no una nación y un estado mundial. (...).

También el teléfono, la televisión, el teledinero y las restantes redes telemáticas (e incluso el hipertexto) son componentes de Telópolis, la ciudad global, de manera que internet es una especie de zoco o de calle mayor de dicha *polis* planetaria, pero no debe ser identificada con la totalidad de la ciudad (Echevarría, 1998, p. 95-96).

El ciberespacio es una región de frontera habitada por unos pocos técnicos capaces de soportar la austeridad de las interfases salvajes de los ordenadores, protocolos de comunicación incomprensibles, ambigüedades culturales y legales,... calles, ágoras, lugares prohibidos, espacios públicos... (Mitchell, 1996, p. 110).

Rururbanización

Es un término de aplicación básicamente en Francia desde finales de los setenta (Bauer, 1976, 1993; Dezert y otros, 1991) para designar el proceso de urbanización de espacios rurales. Este proceso puede implicar no solamente la urbanización de áreas hasta ahora al margen de los grandes espacios metropolitanos (y en este sentido se relaciona con suburbia (Bauer, 1993)), sino también de localidades y pueblos rurales que por su proximidad a ciudades grandes —o medianas— y por la construcción de vías de comunicación, ofrecen las mismas condiciones y posibilidades para integrarse en el proceso. Se habla de la rururbana como de una tercera corona de la urbanización, más allá de la ciudad y la *banlieue*. Es un concepto muy relacionado con el de periurbanización: Bernard Dezert y sus colaboradores hablan de “rururbanización periurbana”. (Dezert y otros, 1991, p. 48):

Es rururbana una zona próxima a los centros urbanos que experimentan un incremento residencial de población nueva, de origen principalmente ciudadano. La zona rururbana se caracteriza por la subsistencia de un espacio no urbano dominante, a diferencia de las *banlieues* totalmente contiguas a la ciudad (Dezert y otros, 1991, p. 7).

Oriol Nel-lo y otros autores interpretan la rururbanización como una fase del proceso suburbanización-periurbanización-rururbanización (Nel-lo, 1997, p. 57). Otras lecturas del fenómeno son duales, en el sentido de que hay quienes ven en ello el declive del paisaje rural (se trata en general de urbanizaciones de calidad, dado que los grupos que se instalan en ellas gozan de bienestar económico), si bien puede interpretarse también como el final de la vida rural.

Ciudad difusa

Ciudad difusa es un concepto que surgió a finales de los años ochenta en Italia, más concretamente en torno al urbanista Francesco Indovina, que tiende a describir y explicar el proceso de conformación de un modelo de ciudad no basado en la concentración sino en la baja densidad, sin dejar, sin embargo, de ser ciudad o con tendencia a reconstruir una estructura y una lógica de ciudad. Éste es el punto fundamental del concepto que lo diferencia de otros similares, por cuanto no se trata de una “simple” suburbanización o extensión de la urbanización sino una transición hacia una nueva ciudad.

El análisis que se hace en el *Dipartimento di Analisi Economica e Sociale del Territorio* (DAEST) de Venecia parte de la transformación que ha sufrido en sus dinámicas urbanas el área del Véneto a partir de los años ochenta. Esta región es la que, desde hace veinte años, más se ha transformado económicamente, debido a la implosión de la industrialización en pequeñas y medianas empresas y la consolidación de lo que se ha dado en llamar “distritos industriales”. Ello es causa de que la presencia de la ciudad

difusa también se observe en otras áreas del país donde se dan condiciones económicas y de estructura urbana similares, básicamente, en la Italia padana.

Ya en 1990 se publicó en Venecia un libro con el título *La città diffusa* (Indovina, 1990) que aglutinaba las teorías que desde unos pocos años antes se estaban estructurando para explicar el hecho que las ciudades medianas de la península⁷ también perdían población, y que se iba articulando una red urbana “minimalista” de gran escala que tejía los espacios agrarios intersticiales. Al mismo tiempo que se dedicaban esfuerzos en Venecia, también en otros lugares como Bolonia, Milán, Turín o en puntos de la Toscana se estaba trabajando en ello, aunque con puntos de vista, métodos, terminología y conclusiones diferentes; incluso, a menudo, notablemente diferentes (Savino, 1997).⁸

Aquí se opta por centrarse en el “canon veneciano” de la ciudad difusa como eje de la explicación del concepto. El interés del análisis hecho desde el DAEST radica, por una parte, en su obsesión por ir más allá de los aspectos formales del fenómeno (que no se da siempre desde otros centros de análisis), y por la otra, en entenderlo como un proceso resultante de transformaciones en las prácticas sociales y en las relaciones socioespaciales. También es interesante el hecho de que el equipo de Indovina no interpreta la ciudad difusa como resultado de la “difusión”, el *sprawl* o la “disolución” de la ciudad compacta, sino de un doble proceso de desdensificación de esta ciudad y, en mayor medida, de densificación del espacio agrario y desde el espacio agrario (“*della campagna a la città diffusa*” dice en algún momento Indovina). Este proceso se comprenderá mejor si se explican las condiciones y las etapas de la ciudad difusa.

Según Indovina (1996) se trata de un proceso evolutivo que parte de la transformación de la economía y la familia agrarias en áreas de pequeñas explotaciones. Un exceso de mano de obra en determinadas áreas, no habría provocado la emigración como ocurrió en otras fases históricas, sino la búsqueda de trabajo en otros sectores en ciudades próximas, de manera que una primera urbanización del espacio agrícola habría sido resultado de la formación de nuevas familias que ya no se dedicarían a actividades agrícolas y que se situarían en el entorno de la casa solariega. Posteriormente, la industrialización endógena de estos espacios agrarios contribuiría aún más a la fase de densificación de la “urbanización difusa”. Al ser, básicamente, empresas pequeñas y muy dependientes del entorno social y territorial en el cual nacían, su localización no tenía porqué ser necesariamente urbana ni aglomerativa, de manera que se situarían en este territorio de “lo difuso”, asentándose sobre el relativamente importante capital fijo —de carreteras secundarias, caminos, de canalizaciones para el riego...— de las áreas agrarias. Cuando, a partir de mediados los años ochenta, estas empresas, es decir, su modelo, tienen éxito, sus demandas y su capacidad de transformación serán uno de los elementos fundamentales de la ciudad difusa.

7. No se ha sido exhaustivo en el análisis de estas teorías y estudios anteriores. Únicamente destacar los trabajos de Campos Venuti (1986) y de Rosini (1988) sobre la región de Bolonia.

8. Este texto es fundamental para entender las diferentes posiciones en torno a la ciudad difusa. Es resultado de unas jornadas celebradas en Venecia en 1996 precisamente para hablar de qué se hablaba cuando se hablaba de ciudad difusa.

Paralelamente a esta fase, en las ciudades medianas y grandes, se dan fenómenos que también contribuyen a la construcción de la urbanización difusa y, posteriormente, de la ciudad difusa: aspectos estos que otras escuelas suelen subrayar. Se trata de la descentralización productiva y de las transformaciones de los mercados residenciales urbanos, también tendentes a la suburbanización. Como es sabido, en lo que respecta a las transformaciones económicas, la re-localización fuera de los espacios tradicionalmente urbanos dio oportunidades de ampliaciones con menores costes, al tiempo que propicia la opacidad fiscal, y laboral en algunos casos, permite la obtención de beneficios atípicos gracias a la recalificación del suelo.

En relación a los aspectos residenciales, es también conocida la competitividad de las promociones peri-urbanas en un momento en que la movilidad individual es muy fácil. Sumando a estos los cambios en la demanda, la mayor permisividad normativa, a veces el impulso público (por ejemplo en vivienda protegida) y, en algunos casos, la caída de la calidad urbana en la ciudad densa, todo ello lleva a la densificación poblacional de territorios formal, funcional y sociológicamente hasta entonces escasamente urbanos.

Finalmente, cuando el área de mercado no viene determinada por la concentración de personas sino por la accesibilidad motorizada —lo que se ha ido haciendo realidad en los últimos veinte años, cada vez son más frecuentes unos determinados tipos de servicios a las personas y a las empresas, respondiendo al tránsito de una “lógica acumulativa a una lógica distributiva” (Indovina, 1996, p. 4). Ello, subraya Indovina (1996, p. 3 y 4), es especialmente importante porque otorga a “lo difuso” una diversificación y un aumento cuantitativo y cualitativo de la oferta de trabajo y de servicios definidora del proceso, que permite superar la mera suburbanización y urbanización difusa —confusión en la que parece caer (Secchi, 1995, p. 18)— para poder comenzar a estructurar la ciudad.

Así pues, Indovina y sus colaboradores observan dos vías para la estructuración del “territorio de lo difuso”, una endógena y otra exógena, que son, simultáneamente, una de densificación y otra de desdensificación, de manera que plantean un proceso de “convergencia”. Para ello, se plantean las hipótesis de la “integración” entre ciudad densa y ciudad difusa, reconstruyendo, en una fase posterior (Savino, 1997, p. 4) la lógica de una única ciudad, incluso en algunos aspectos simbólicos y funcionales tradicionales, si bien con otras formas y escala (centros de reunión, calles comerciales), inserta en redes urbanas más amplias.

Nos encontramos ante un proceso de transformación que afecta por igual a la dilatación de la ciudad en el territorio como a la aparición de puntos de concentración de la población y del capital. En un cierto sentido, podría decirse que se tiende a reafirmar la tradición urbana del país (...)

También es posible avanzar una segunda hipótesis, según la cual estamos ante un proceso no sólo de convergencia sino de integración. Según esta óptica, la ciudad difusa que ha constituido una estructura organizativa antagónica a la de la ciudad concentrada, se integra en esta última (servicios, funciones superiores, cultura, etc...) y contemporáneamente la población de la ciudad concentrada usa la ciudad difusa en un proceso de indiferencia funcional (Indovina, 1996, p. 8).

Es necesario puntualizar que lo recién expuesto es una hipótesis que está siendo comprobada y contrastada con otras constataciones menos optimistas, como son la fragmentación de gobierno de esta unidad funcional, la del aislamiento social en el territorio de lo difuso (como ocurre en la suburbia norteamericana), los costes ambientales de la constante extensión de la urbanización... No es pues de extrañar leer afirmaciones

mucho menos positivas como por ejemplo “la ciudad difusa no es ciudad” (Nel-lo, 1998), o de calificar la ciudad difusa como un “no lugar” (el propio Indovina, 1996), y llegar a la conclusión bien diferente de que la urbanización difusa es precisamente el principal adversario de la ciudad, entendiendo “ciudad” en su sentido de *civitas*.

Finalmente, hay que señalar que la ciudad difusa ha sido interpretada de otras maneras, que en algunos casos la asimilaban a la *edge city*, en otros casos a la rururbanización (Dematteis, 1998) o aún, a los “campos urbanos” (Secchi, 1995).

Metápolis

Metápolis es un término propuesto por el economista francés François Ascher que ha tenido una notable difusión en su país y, también, entre arquitectos. Sería, de alguna manera, la ciudad “hiper” contemporánea, la más en vanguardia, una nueva generación de algo que nació hace siete mil años en algún lugar entre Asia Menor y Mesopotamia. Entiende que la metápolis es una postpolis y una postmetrópolis, una fase posterior.

Metápolis, como metrópolis, es un concepto que aspira tanto a describir una morfología como una sociología urbana. En lo referente a la forma, Ascher postula que es profundamente heterogénea y no necesariamente constituida por contigüidad. Contiene una o varias metrópolis o como mínimo una ciudad grande de centenares de miles de habitantes con crecimiento radio-concéntrico, lineal o en metástasis (como grumos o agregaciones en un cuerpo más amplio), término este último tomado de Oriol Bohigas.

La estructura de la metápolis es, en principio, las ciudades existentes. Urbanizaciones ex novo o reconstrucciones radicales son raras o significan una parte muy reducida. La ciudad más bien se transforma por densificaciones, adiciones, conquistas, por transformaciones o eliminación de barrios degradados, por implosiones o por desdensificaciones. La metápolis se construye y desarrolla por espacios, proyectos, emergencias que no son necesariamente contiguos al centro de la ciudad sino que aparecen en zonas construidas o vírgenes, como metástasis o “rizomas” (Ascher, 1996, p. 3-4).

La funcionalidad de la metápolis queda marcada por esta fragmentación que, según Ascher, significa la ruptura de las estructuras jerárquicas de lógica christalleriana. Esta ruptura y la fragmentación de las lógicas jerárquicas provocan que la metápolis signifique el final del concepto de “afueras” aplicado a la ciudad. No hay periferia desde el momento en que no hay centro (un centro) ni unidad. La discontinuidad de la metápolis se ve posibilitada y favorecida por los medios rápidos de transporte que comunican puntos escogidos en el interior de una misma metápolis, creando de esta manera un espacio diferencial, dual, entre los centros metropolitanos y el *no man's land*: se produce un efecto “túnel”.

En lo que se refiere a la sociedad metropolitana, en mayor medida en sus grupos sociales con economías más holgadas, hay, según Ascher, una transformación a dos niveles, uno de crecimiento del alcance de la vida cotidiana y otro de incremento del valor de la vivienda y de la vida doméstica. La vivienda se convierte también en un espacio de intercomunicación gracias a las tecnologías de la información y de multiplicación de actividades, que incluso pueden ser laborales. De alguna manera, aquí se insinúa que la sociedad metropolitana es más fragmentada que la metropolitana y más individualista (Ascher, 1996, p. 8) y más fragmentada en sus usos, “un hipermercado de los modos de vida.” (Ascher, 1996, p. 122)

A partir de los textos de Ascher, el concepto de metápolis ha sido profusamente usado aunque no desarrollado. En todo caso, como sucede a menudo, el concepto cambia de significado o pierde parte de él. Una de las aplicaciones del término fue en 1998 en el encuentro “Barcelona Metápolis: festival de arquitectura para la multicidad”, organizado por los arquitectos Manuel Gausa, Vicente Guallart, Willy Muller, Enrique Ruiz y Xavier Costa con la intención de discutir y proponer modelos —desde una clara abstracción contextual: política, de factibilidad económica y social...— para la Barcelona contemporánea y futura. Las propuestas para la ciudad respondían a una interpretación discursiva, que se expresaba casi como un manifiesto, de lo que es la ciudad metapolitana, definida en torno a un decálogo y a una serie de conceptos clave —nudos, *fingers*...—, a los cuales no es necesario añadir muchas palabras:

La estrategia (operativa) más que la planificación (celadora)

El sistema (abierto) más que la composición (cerrada)

La diversidad (mestiza) más que la homogeneidad (armónica) (Fragmento del Decálogo Metápolis, Gausa y otros, 1998).

La reutilización pragmática de los espacios de superficie desde in-between en los grandes focos intermodales, pero también el abordaje de la ciudad de los estratos interiores. Una ciudad manifestada en “negativo” ocupada por usos mixtos: cruces, infraestructuras de servicio, aparcamientos, redes, galerías comerciales, etc... (Fragmento del concepto “Nudos” de BCN Metápolis, Gausa y otros, 1998).

La visualización de una Barcelona abordada desde la infiltración táctica en el tejido.

La acción operativa en la masa edificada desde la detección de espacios de redefinición sistematizables; derivas posibles a partir de puntos de intervención fluctuantes (...)

El valor del “reciclaje” urbano como método clínico preciso (Fragmento del concepto *Hot Points* de BCN Metápolis, Gausa y otros, 1998).

En este caso, metápolis seguramente adquiere más el valor de una “metrópolis” a principio del siglo xx: es una inspiración, un futurismo que ha de generar nuevas formas y nuevas palabras. Puntos de contacto con esta interpretación de la metápolis, se encuentran en los textos de Rem Koolhaas (Rem Koolhaas y Mau, 1995), en los cuales, al explicar sus proyectos, mayormente los de gran escala —XL en su terminología— habla de la nueva ciudad, la “ciudad genérica”.

Periurbanización

Los difusores del término son, básicamente, autores franceses (Dezert y otros, 1991), con alguna complicidad italiana. La *periurbanisation* sería el proceso de creación de nuevos asentamientos urbanos más o menos próximos a las grandes ciudades —o a grandes vías de comunicación— con una morfología más bien difusa. En relación a otros conceptos quizá mejor definidos, la periurbanización se encontraría entre los *urban fields*, un típico *sprawl* anglosajón, y la ciudad difusa, o sea, con una cierta estructura, laxa, de ciudad o con tendencia a convertirse en ciudad. De todas formas, con el término con que comparte más elementos, es el de rururbanización.

Una relativa indefinición del concepto queda expresada en el siguiente texto de Dematteis, que, a pesar de un cierto confusionismo, sintetiza bien el fenómeno del crecimiento urbano en la Europa mediterránea:

Entre los años 1980 y 1990, este proceso de descentralización urbana continúa aunque con la forma mucho más selectiva de “desconcentración concentrada” (...) con dos dinámicas diferentes (...). La primera de ellas (que en la literatura francesa sobre el tema toma el nombre de “periurbanización”) consiste en la recuperación de la polarización urbana, que en la actualidad, en cambio, se manifiesta como una dilatación progresiva de las coronas externas y de las ramificaciones radiales de los sistemas urbanos (...).

La segunda dinámica se manifiesta en aquellas formas de expansión urbana independientes de los campos de polarización de los grandes centros, que en Italia se indican con la denominación de “ciudad difusa” (Dematteis, 1998, p. 21).

Por otra parte, la periurbanización sería algo más que un simple nuevo modelo de urbanización; se habla de “ideología” periurbana como desde el mundo anglosajón se habla, o se hablaba, de ideología suburbana. De hecho, según las definiciones más extendidas de periurbanización, parece que se trataría de la llegada, como mínimo en Francia, del suburbia norteamericano.

Hiperciudad

Término —*hyperville*— propuesto por el historiador suizo André Corboz (1994 y 2001) que pretende reflejar una realidad en la que el fenómeno urbano es territorial y funcionalmente fragmentado y que ha perdido una buena parte de las lógicas topológicas de la ciudad tradicional, especialmente la de centro-periferia y toda la carga social y económica que estos conceptos y lugares comportaban (una perspectiva, pues, muy próxima a la de metápolis de Ascher).

Si el centro ya no tiene capacidad de jugar su papel tradicional y sus componentes se han dispersado, ello significará que la propia periferia se ha convertido en “ciudad”. En lo referido a la aglomeración, es una contradicción *in terminis* dado que lo que la distingue es la dispersión.

Estos términos, pues, ya no designan ni connotan correctamente las realidades a las que remiten. Será necesario reemplazarlos por otros. Es con esta intención que yo propongo el neologismo hiperciudad, calco de un hipertexto. A fin de cuentas, ¿qué es un texto? Es un conjunto de párrafos sucesivos (...) que son leídos de principio a fin; un hipertexto, en cambio, es un conjunto de datos textuales numerados por un procedimiento electrónico y que pueden ser leídos de diversas maneras. Un texto (esto es lo importante) es una estructura lineal, jerarquizada perceptible por nuestros sentidos como un todo. El hipertexto, por el contrario, no es mesurable por los sentidos y no posee una estructura unívoca e imperativa (...)

Para nuestras ciudades extendidas en el territorio, nacidas de lógicas parciales y concurrentes, densificadas según criterios económicos, técnicos y fiscales, en las que es posible entrar por donde se quiera (propriadamente no se puede hablar de entradas), que no presentan una estructura jerarquizada, que pueden ser recorridas en todos los sentidos (los itinerarios obligados son excepción) y que no son perceptibles como un conjunto, tenemos, pues, un fenómeno homólogo al hipertexto.

La ventaja del término hiperciudad, reside también en el hecho de que no conlleva ningún juicio de valor, que no presupone la desaparición de la densidad y que no se opone a los “centros históricos” que quedan incluidos en la definición (Corboz, 1994, p. 33).

Partiendo de esta propuesta de definición, Corboz (1994) cuestiona conceptos adheridos hasta entonces a la idea de ciudad, como por ejemplo la “homogeneidad” y el “orden”. Según él, es necesario conseguir introducir nuevos elementos de lectura que rompan con modelos ya pasados, de la misma manera, sigue Corboz, que durante el

siglo xx las corrientes artísticas han sido capaces de crear y argumentar nuevas estéticas, desde el cubismo al *arte povera*.

Otra interpretación posible con connotaciones diferentes de la anterior, del término hiperciudad, también la insinúa Corboz al hablar de la “ciudad en red”. En esta versión, hiperciudad se referiría a una realidad de ciudad omnipresente, ubicua —alguien habla de “omnípolis”—, que enmarca e incide en todas sus ciudades “parciales”, fragmentarias; es una ciudad que sin duda comparte elementos con las propuestas de Manuel Castells cuando escribe de ciudad informacional y también con Javier Echevarría y telépolis.

Privatopia

Es la ciudad privada, la antítesis de la ciudad como espacio abierto, colectivo y público: de la ciudad como espacio de diversidad (Borja, 1998; Deutsche, 1996; Drew, 1998; Harvey, 1996; 1998; Sorkin, 1992). Privatopia es, de momento, una concepción de la ciudad que sólo se expresa territorialmente y funcionalmente de forma fragmentaria: suburbios, barrios acomodados (barrios “fortaleza” en América Latina o en Madrid, o *carceral city*), *malls* cerrados que sustituyen las plazas, protegidos, con el acceso cotidiano restringido y vigilado. Es donde están los mecanismos de selección de los residentes o de los usuarios que no solamente se centran en el nivel adquisitivo sino que puede haberlos con otros filtros: desde étnicos hasta profesionales.

Privatopia son las políticas tendentes a restringir en la ciudad los espacios socialmente abiertos, el agorafobia. Los espacios donde potencialmente puede haber desconocidos o sorpresas: parques que se cierran o a los que se dificulta el acceso desde determinadas zonas de la ciudad, calles en las que se quitan los bancos (para sentarse), edificios cuyas plantas bajas son totalmente opacas, accesibles solamente desde el aparcamiento... la “arquitectura defensiva”, pensada para aislarse del exterior (Sorkin, 1992; Davis, 1992, 1998 y Ellin 1996 y 1997).

Privatopia son también los modelos de gestión urbana diseñados para restringir el papel de las instituciones que representan al conjunto de los ciudadanos y transferir las funciones a otros tipos de entidades comunitarias de carácter privado o semiprivado, que sólo agrupen intereses parciales. Privatopia es una respuesta del miedo a la incertidumbre que genera la ciudad occidental (o del Tercer Mundo, da lo mismo), un miedo a la diferencia (Davis, 1998). Un temor que se sufre en los niveles económicos medios y acomodados y que, en apariencia, pueden exorcizarlo sin necesidad de ejercer una violencia física directa, sino que pueden tecnificarla y delegarla.

(los americanos se sienten) felices con el reino privado que se han construido, pero están angustiados por el espacio público que lo rodea (Ellin, 1996, p. 131, citando al arquitecto Andres Duany).

(Habla Patricia L. Faux, urbanista) Nuestros métodos de planeamiento se mantienen todavía en el viejo modelo mecanicista en el que se intenta no dejar nada al azar (...) El mundo del cual Disney es el máximo exponente. Es la visión de la total seguridad, en la que cada necesidad es satisfecha (Garreau, 1991, p. 251).

Pero privatopia estaría transformándose, o más exactamente, avanzando en la medida que desde determinadas opciones ideológicas se fomenta su aparición y consolidación y además por el hecho de que algunas experiencias de nuevas ciudades norteamericanas —las del llamado *new urbanism*, como Seaside o Celebration— nacen con este modelo y gracias a él. Ésta sería la gran novedad: algunos aspectos de privatopia han existido desde muy antiguo: las urbanizaciones que restringen o prohíben el paso, los *squares* británicos reservados a los vecinos... En la actualidad, la novedad es de escala y, podría decirse, de intención, hasta el punto de que se pone en cuestión algunos de los elementos definidores de la *polis* desde su concepción griega (aunque ésta, como es sabido, también presentaba muy importantes restricciones a los ciudadanos). Y puede transformar el concepto de ciudadanía por el hecho de que privatopía “se desentiende” de una parte de los deberes y de los derechos sociales —por ejemplo protección—.

Así nacen las *homeowners associations*, las asociaciones de propietarios —“propiedad” es aquí palabra clave— dentro de una *edge city*, llegan ser auténticos gobiernos (*shadow governments*), lo que en algunos casos ha sido causa de conflictos con las autoridades de los condados o federales por motivos fiscales o de censo. Un poder que puede llegar a intentar ordenar, en nombre de un determinado modelo de orden y bienestar, hasta los mínimos detalles arquitectónicos de las construcciones o del comportamiento de los individuos y de la familia. En los libros de Garreau (1991) y de McKenzie (1994, el principal difusor del tema) estos aspectos quedan perfectamente ilustrados:

Estos *shadow governments* tienen un poder que va más allá de lo que es habitual. No solamente pueden prohibir la organización de cualquier cosa, desde una sinagoga a un local de *boy scouts*, pueden regular el color de las cortinas en las casas. (...)

Estos gobiernos son muy originales, intentan poner orden en las *edge cities* en ausencia de instituciones más convencionales. A fin de cuentas, las *edge cities* no tienen límites administrativos. En casos, ni figuran en los mapas...

Los *shadow governments* son democráticos hasta cierto punto. Pero raramente se rigen por el principio de “un ciudadano un voto”. Si alquilas una casa en un lugar con *community association*, generalmente es el propietario quien vota. Si tu mujer o tu hijo no están inscritos, no votan. En un bloque de apartamentos, el propietario de un estudio tiene el 0.06883 de voto “y el propietario de un apartamento de dos habitaciones, el 0.12350”.

Pueden crear tasas para su sostenimiento: poder fiscal.

Pueden crear reglas y normas: poder legislativo.

Tienen facultad coercitivo, fuerza para obligar a las personas a cambiar su entorno: poder policial (Garreau, 1991, p. 185, 187 y 200).

Dentro de las diferentes modalidades de CID's hay urbanizaciones destinadas a parejas sin hijos que, por tanto, deberán abandonar la vivienda si llegan a tener o adoptar bebés. (...) La diferencia con una ciudad, es que en la CID no existe nada público ni imprevisto (Verdú, 2000).

Por ejemplo, Joel Garreau explica que alguna de las *edge cities* que identifica están básicamente pensadas para la privacidad —los *common interest developments* (CID)—, una privacidad que no ha de ser necesariamente individual sino neocomunitaria, como alguno de los casos que citan Sorkin (1994) y Davis (1998). Se trata de una reconstrucción de la comunidad sobre bases tradicionales —propiedad, familia, “salud”...—

(Ellin, 1999), que para realizarse ha necesitado crear un nuevo espacio, alguien (Garreau, 1991) diría una nueva utopía... excluyente (¿como todas?).⁹ David Harvey (1998) llega a hablar de la “trampa comunitaria”, un aspecto —para nada anecdótico— que le inquieta del presente de las ciudades norteamericanas.

Diferentes son los casos en que privatopia deviene, paradójicamente, una reinención de la comunidad sin, en apariencia, los caracteres regresivos, conservadores y reaccionarios de muchos otros ejemplos. Unos de ellos, esta vez teórico, es el que propone Michael Sorkin para la creación de una nueva ciudad en el paralelo 42. Una ciudad “sostenible” basada en “la libertad, el placer, la convivencia, la belleza, el comercio y la producción” (Sorkin, 1993, p. 11). En el libro donde la describe, son recogidas algunas de las reglas formales y funcionales de una nueva ciudad, *local code*, con pretensiones de una utopía que garantizase precisamente algunos de los elementos fundamentales de la *civitas*. También se puede citar lo que en diversos textos ha propuesto el urbanista italiano Alberto Magnaghi (1990, 2000), un modelo ecológico y comunitarista pero no cerrado, sino entendido como un sistema de alcance indefinido de interacción entre *villaggi* relativamente autosuficiente.

Urban village

Pueblo urbano ya da una cierta idea de por dónde va este concepto. Una combinación de comunidad pequeña con raíces (si no formalmente, arquitectónicamente) pero con actividades y modos de vida urbana. En general son o bien nuevos enclaves producto del *new urbanism* pensados para la emigración desde las grandes ciudades o bien son pequeños pueblos más o menos rurales transformados por esa misma inmigración. En palabras de Kenneth Till (1993), son enclaves “neotradicionales como respuesta al *sprawl* suburbano”. Como en la mayoría de los otros casos analizados, la accesibilidad, las nuevas tecnologías, la descentralización de los lugares de producción y consumo, son también uno de los motores de los *urban villages* (Kotkin, 2000).

El origen del concepto se remonta a hace cuarenta años, cuando en 1962 Herbert Gans publicó su libro *Urban villages* investigando y defendiendo la fragmentación de las grandes ciudades en “pueblos urbanos”, donde la vida fuese más ordenada y próxima a los orígenes de la población —él analizaba la organización de los diferentes ghettos resultado de la inmigración. De este origen el concepto se transformó hacia visiones más bien ecológicas o de proximidad a la naturaleza y a la vida rural; de hecho, los *urban villages* son a menudo asociados a las “modas” *new age* (Harvey, 1998).

Las nuevas ciudades más allá de las palabras

¿Es posible entrever en este laberinto de palabras unas tendencias mínimamente unificadas de lo que ocurre en las ciudades contemporáneas? Seguramente sí, aunque una de estas conclusiones será precisamente la convivencia de procesos contradictorios o, por lo menos, paradójicas.

9. De nuevo, el cine se ha encargado de reflejar la pesadilla dentro del sueño del neocomunitarismo. Películas, como *American Beauty*, *Ice storm* o *Bowling for Columbine* urgen en los aspectos inquietantes de esta vida.

Una primera constatación, hasta cierto punto obvia, del análisis cruzado de los neologismos expuestos es el reconocimiento implícito o explícito en todos ellos de que el modelo o los modelos urbanos preexistentes están, en buena medida, superados. La ciudad, construida a lo largo del siglo xx bajo las premisas de la industrialización y de los modelos de *gross-stadt* o de ciudad jardín —debidamente degradados en relación con las utopías iniciales—, son diagnosticados como en estado de crisis o transformación. Los motivos son diversos: cambios tecnológicos, económicos y sociales, el fracaso de los modelos anteriores o, lógicamente, por ambos motivos.

Es por ello que no son pocos los conceptos que se presentan como alternativos a los “viejos” modelos —a sus métodos de construcción y gestión— y a los “viejos” conceptos que habrían quedado obsoletos: desde el propio concepto de “ciudad” hasta los de “metrópolis”, “centro” o “periferia”.

Una segunda conclusión puede sintetizarse diciendo que la mayoría de los conceptos descriptivos subrayan el carácter progresivamente privado y privatista de los nuevos procesos urbanos, razón por la cual son bastantes quienes se manifiestan críticamente en relación a esta tendencia. Todo ello se materializa tanto en la manera como se diseñan y organizan los nuevos espacios urbanos como los criterios con que se reforman muchos de los espacios ya consolidados.

La sensación de muchos autores es que se está perdiendo uno de los elementos que definen la ciudad: lo público y abierto. En este sentido, es también interesante observar las vivas polémicas que se están dando sobre el carácter de muchos de los fenómenos urbanos neocomunitarios por vía de las *edge cities* y las exópolis o los argumentos, en general, del *new urbanism*; desde quien los lee como unas nuevas utopías y una alternativa real a un presente problemático, hasta los que los acusan de huidas hacia delante de carácter profundamente reaccionario.

Otro elemento notorio de muchos de los neologismos y conceptos presentados, es la preocupación por el modelo urbano de baja densidad. Una preocupación en cuyo origen se encuentran diferentes motivos: desde los ambientales y funcionales —que centran los debates tanto en Europa como en Estados Unidos— hasta los de agotamiento y degradación del modelo. Por ello, si por una parte se encuentran análisis y propuestas que densifican la ciudad, por otra hay quienes, contrariamente, argumentan y diseñan nuevos enclaves que incrementan las densidades tradicionales de suburbia.

Otro denominador común de todas las interpretaciones de las transformaciones urbanas y territoriales radica en encontrar en ellas, como motor, las nuevas premisas y formas de la estructura económica. Si se quiere, es lícito decir que el postfordismo ha sido un elemento fundamental de las nuevas formas de relaciones socioespaciales. Lo que este paradigma ha representado de relocalización de la producción y de la decisión económica, de emergencia de nuevos sectores, de regulación/desregulación de los mercados laborales, financieros, etc., de cuestionamiento de lo público... está en la base de la crisis y renovación de las formas urbanas.

De acuerdo con Jameson, se puede aceptar que la lógica cultural de todo este proceso sea postmoderna —con toda la distancia crítica que se desee—, y, precisamente por ello, puede adoptar muchas formas. Es sabido que la relación entre lo que ha sido

llamado postmodernidad y la modernidad es compleja, polisémica, y esta polisemia está también presente en las propuestas y análisis de los fenómenos urbanos.

Así es como hay una primera interpretación de la postmodernidad urbana como apelación a una “premodernidad” o “antimodernidad”, a modelos culturales y también estéticos, anteriores a los que han sido hegemónicos en los dos últimos siglos. Donde esto puede ser mejor observado, es seguramente en la arquitectura, con la reivindicación de formas clásicas o medievales utilizadas en sentido estricto o con un evidente eclecticismo. Las propuestas del *new urbanism* norteamericano con modelos arquitectónicos de apariencia preindustrial; las reivindicaciones y críticas de los hermanos Krier (con la caja de resonancia de Carlos de Inglaterra) o del Bofill neoclásico; las formas urbanas de la *città bella* y el interés por Camil Sitte, las propuestas de reconstrucción de la “comunidad” como unidad social son ejemplos de “esta” postmodernidad.

O bien propuestas no necesariamente nostálgicas pero sí pensadas para quebrar una presunta rigidez de la modernidad racionalista. Es la oposición que Robert Venturi plantea entre el *less is more* y el *less is bore*, que lleva a una arquitectura quizá más creativa y con menos prejuicios (estéticos, sociales, ideológicos) y a un urbanismo que intenta sobreponerse a la rigidez de la zonificación.

O, aún, la postmodernidad puede entenderse como una “ultramodernidad” (o “hipermodernidad” para Eco y Corboz). Esto es, una acentuación hasta, quizá, la desfiguración de los elementos de la modernidad. A su vez, esta línea se desglosa en dos líneas, una con mayor tendencia a la exaltación tecnológica y/o otra que incide más en los aspectos de fragmentación, contradicción e incluso caos de unos espacios urbanos transformándose en múltiples direcciones, más o menos aglutinadas en torno al deconstruccionismo arquitectónico.

Como ejemplo, Nan Ellin (1999, p. 91-92) en su libro *Post-modern urbanism* sintetiza de la siguiente manera —discutible en el uso que hace de algunos términos como “humildad” y “apoliticismo”— la versatilidad del “post” aplicado a la arquitectura y al urbanismo modernos:

Reacción al modernismo – historicismo

Reacción al *international style* – contextualismo, populismo

Reacción al racionalismo – símbolo, superfluo, *collage*, no *zoning*

Reacción al “redencionismo” racionalista moderno – humildad, apoliticismo.

La postmodernidad, pues, aparece en los análisis de los nuevos procesos urbanos con toda su ambigüedad, combinando a veces “pre”, “anti” y “ultra”, ya con resignación, ya con entusiasmo y, eventualmente, como crítica.

Por otra parte, como ya se ha señalado, la gran mayoría de los conceptos expuestos parten de o plantean un análisis de la ciudad contemporánea. Casi todos estos análisis son —implícita o explícitamente— críticos con esta contemporaneidad y la observan como formal y/o funcionalmente defectuosa y desordenada, a veces, caótica. Desde este punto de partida, los conceptos que además avalan algún nuevo modelo, dan una doble línea de respuestas a la insatisfacción del presente: o quieren imponer un orden, y éste sería su objetivo fundamental; o bien se recrean en el caos y, sin fomentarlo, le encuentran valores o, simplemente, lo ven como inevitable.

Cuando optan por el orden, prácticamente la totalidad de autores/conceptos confían en la forma, en el contenedor, suponiendo —como han supuesto casi todos los utopistas modernos desde Fourier a Lloyd Wright— que ello llevaría a un determinado orden social mejor (Harvey, 2000). En este sentido, quien más se aproxima a la idea de utopía, es Dejan Sudjic, que en su *The hundred miles city* define totalmente un lugar y una sociedad ideales. Algunos otros autores —Duany, Platter-Zyberk o Calthorpe— son próximos a estos planteamientos.

En cuanto a la afirmación de que algunas propuestas se “recrean” en el caos necesita de algún matiz, que proviene de diversos frentes, empezando por la consideración del concepto de escala. El caos depende con frecuencia de la escala, en la medida de que visto de cerca parece desordenado y desde la distancia responde a un orden. En este sentido, los estudios de urbanización a partir de estructuras fractales son suficientemente conocidos y es indudable que el proceso de globalización implica la alteración de escalas en el espacio urbano. Otro frente a matizar es también hasta cierto punto escalar y reside en el orden virtual —con efectos reales— derivado de las redes informacionales, que requieren “orden” espacial pero no en un sentido territorial/geométrico, cosa, que, evidentemente, no implica caos.

Finalmente, otro aspecto reincidente en muchas lecturas de la ciudad, es la presencia en ellas de la “ficción”, de la heterotopía o del “tercer espacio” (Soja, 1996, 2000).

(...) una discontinuidad espacial, lugares diseñados por las instituciones de la sociedad (...), una especie de utopías efectivamente realizadas en las cuales los lugares reales son al mismo tiempo representados, discutidos y destruidos; una especie de “lugares” fuera de todos los lugares, aunque localizables (Teyssot, 1981, p. 25).

Un espacio que contiene muchos otros, que sobrepone a un espacio real —físico— lugares diversos de ilusión y de realidad (Soja, 1996, p. 163). Así, los espacios más característicos de esta época serían reales e imaginarios a la vez: los parques temáticos, *new towns*, aeropuertos, *malls*, las casas o urbanizaciones-fortaleza, los centros históricos reformados, los descampados urbanos, Times Square... heterotopías en definitiva. La suma de lo que afirman Robert Venturi y de Giorgio Agamben:

(...) el capitalismo en su forma última, se presenta como una inmensa acumulación de espectáculos, en la cual todo cuanto era directamente, ahora se ha alejado en una representación (Agamben, 1990, p. 53).

Las Vegas es la “ciudad mensaje”, hecha totalmente de signos, no como las otras ciudades que comunican en relación a la función, sino una ciudad que funciona para comunicar (Venturi, en Eco, 1986, p. 40).

En definitiva, superación de modelos e instrumentos de urbanización preexistentes, crisis de lo público, diversidad de estéticas e irrupción de la ficción serían aspectos que aglutinarían muchos de los conceptos que se recogen en este texto. Es —son— una nueva ciudad; otra ciudad que, como siempre, no cancela la anterior sino que se sobrepone a ella desdibujándola, vampirizándola, asumiéndola o enterrándola.

Bibliografía

- AA.VV. (1991), "Metrópolisation et exurbanisation", *Boletín de l'Association des Geografes Français*, 2.
- ASCHER, F. (1995), *Metapolis ou l'avenir des villes*, París: Ed. Odile Jacob.
- (1996), *Mobility and evolution of use the metapolis, or the end of the outskirts*,
www.European.gamsau.achi.fr.
- ASCHER, F. (1998), "Metápolis, la ciudad virtual", *Astragalo, cultura de la arquitectura y de la ciudad*, 9, julio.
- BARLETT, R. (1998), *The crisis of America's cities*, Nueva York: M. G. Sharpe.
- BAUER, I. (1993), "Le 'suburbia', sommes-nous concernés?", *Urbanisme*, 1, 67-88.
- BAUER, G.; ROUX, J. M. (1976), *La rurbanisation, ou la ville éparpillé*, París: Ed. du Seuil.
- BENFIELD, F. K.; TERRIS, J.; VORSANGER, N. (2001), *Solving sprawl. Models of smart growth in communities across America*, Washington: NRDC-Island Press.
- BINGHAM, R. et al. (1997), *Beyond edge cities*, Nueva York: Garland Pub.
- BOERI, S.; LANZANI, A.; MARINI, E. (1992), "Gli orizzonti della citta diffusa", *Casabella*, 588, 44-59.
- BORJA, J. (1998), "Notes sobre polítiques urbanes y globalització. Grans projectes y ciutadania. Sobre els tòpics i les modes actuals", *Per la convenció municipal. La ciutat del futur, el futur de les ciutats*, documento mecanografiado, Barcelona: Partit dels Socialistes de Catalunya.
- BORJA, J.; CASTELLS, M. (1997), *Local y global: la gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid: Taurus.
- BOYER, M. C. (1996), *Cibercities: visual perception in the age of the electronic communications*, Nueva York: Princeton Architectural Press.
- BREHENY, M. (1996), "Centrist, decentrist and compromisers: views on the future of urban forms", JENCKS, M., BURTON, E. (ed.), *The compact city: a sustainable urban form?*, Nueva York: E&FN Spon, 13-35.
- BROOKE, S. (1995), *Seaside*, Los Angeles: Pelican Pub.
- CALTHORPE, P. (1993), *The next american metropolis. Ecology, community and the american dream*, Nueva York: Princeton Architectural Press.
- (2001), *The regional city: planning for the end of sprawl*, Washington: Island Press.
- CAMPOS VENUTI, G. (1986), *Città, metropoli, tecnologia*, Milán: Franco Angeli.
- CASTELLS, M. (1995), *La ciudad informacional*, Madrid: Alianza Editorial.
- (1997), *La era de la información*, Madrid: Alianza Editorial.
- CASTELLS, M.; HALL, P. (1994), *Technopoles of the world: the making of 21st century industrial complexes*, Londres: Routledge.
- CORBOZ, A. (1994), "Hyperville", *Cahier* 8, Givors: Institut pour l'Art et la Vie, Maison du Rhône, 112-129.

- CORBOZ, A. (2001), *Le territoire comme palimpseste et autres essais*, Besançon: Les éditions de l'imprimeur.
- DAVIS, M. (1991), *City of quartz: excavating the future in L.A.*, Nueva York: Verso.
- (1998), *Ecology of fear*, Nueva York: Metropolitan Books.
- DAVIS, J.; NELSON, A.; DJEKER, K. (1994), "The new 'burb'. The exurb and their implications for the planning policy", *Journal of the American Planning Association*, vol. 60, 1, invierno, 45-59.
- DEAR, M. (2000), *The Postmodern urban condition*, Nueva York: Blackwell.
- DEAR, M.; KEIL, R. "Global sprawl: urban form after fordism?", *Environment and Planning, Space and Society D*, "Edge cities in western Europe", vol. 12, 2, 187-205.
- DEMATTEIS, G. (1984), *La metafora della terra*, Milán: Feltrinelli.
- (1995), "Reti e nodi nella strutturazione del territorio", CASTAÑER, M.; FALGUERAS, J.; VICENTE, J., *Actes de les Ieres. Jornades de Geografia i Urbanisme*, Girona: Universitat de Girona, 17-40.
- (1998), "Suburbanización y periurbanización. Ciudades anglosajonas y ciudades latinas", MONCLÚS, F. J. (ed.) *La ciudad dispersa*, Barcelona: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 17-34.
- DEMATTEIS, G.; EMANUEL, C. (1992), "La diffusione urbana: interpretazioni e valutazioni", *Il fenomeno urbano in Italia: interpretazione, prospettive, politiche*, Milán: Franco Angeli, 91-103.
- DEZERT, B.; MATTON, A.; STEINBERG, J. (1991), *Periurbanisation en France*, París: SEDES.
- DREW, B. (1998), *Coming the expendable landscape*, Saint Paul (Min.): Graywolf Press.
- DUANY, A.; PLATER-ZYBERK, E.; SPECK, J. (2000), *Suburban nation: the rise of sprawl and the decline of the american dream*, Nueva York: North Point Press.
- DUTTON, J. A. (2000), *New american urbanism. Re-forming the suburban metropolis*, Milán: Skira.
- Eco, U. (1986), *Travels in hiperreality*, San Diego: Handcourt Brace Jovanovich.
- ECHEVARRÍA, J. (1994), *Telépolis*, Barcelona: Destino.
- (1998), "Telépolis, la ciudad sin territorio", NOGUÉ, J. (ed.), *La ciutat. Visions i reptes*, Girona: Ajuntament de Girona-Universitat de Girona, 95-101.
- ELLESE, M.; MCCORMICK, K. (ed.) (2000), *Charter of the New Urbanism*, Nueva York: McGraw-Hill.
- ELLIN, N. (1996), *Post-modern urbanism*, Cambridge, Blackwell.
- (1997), *Architecture of fear*, Nueva York: Princeton Architectural Press.
- FISHMAN, R. (1989), *Bourgeois utopias: the rise and fall of suburbia*, Nueva York: Basic Books.
- FOUCAULT, M. (1994), "Eterotopia", *Eterotopia, luoghi e non-luoghi metropolitani*, Milán: Associazione Culturale Mimesis, 11-20.
- FULTON, W. (1996), *The new urbanism. Hope or hype for american communities?*, Cambridge (MA): Lincoln Institute of Land Policy.

- GANS, H. (1962), *Urban villagers; group and class in the life of italian-americans*, Nueva York: Free Press of Glenese.
- GARREAU, J. (1991), *Edge city: life in the new frontier*, Nueva York: Doubleday.
- GAUSA et al. (1998), *Barcelona Metápolis: festival de arquitectura para la multicidad*, www.metapolis.com.
- GOTTMANN, J. (1961), *Megalopolis; the urbanized northeastern seaboard of US*, Cambridge (MA): MIT Press.
- GREENWALT, J. (ed.) (1997), *Homeowners associations: a nightmare or a dream come true*, Denver: Cassie Press.
- HARVEY, D. (1996), "Cities or urbanization", *City. Analysis of urban trends, culture, theory, policy, action*, 1-2, 38-61.
- (1998), "Perspectives urbanes per al segle XXI", Nogué, J. (ed.), *La ciutat. Visions i reptes*, Girona: Ajuntament de Girona-Universitat de Girona, 113-130.
- (2000), *Spaces of hope*, Berkeley: University of California Press.
- HAUMONT, N.; LEVY, J. P. (dirs.) (1998), *La ville éclatée, quartiers et peuplement*, París: L'Harmattan.
- HETHERINGTON, K. (1997), *The badlands of modernity: heterotopia and social ordering*, Londres: Routledge.
- INDOVINA, F. (ed.) (1990), *La città diffusa*, Venècia: DAEST-IUAV.
- (1997), "La città diffusa: cos'è e come si governa", *position paper* del Seminario Ventennale DAEST, 19 de junio, documento mecanografiado.
- JENCKS, CH. (1993), *Heteropolis. Los Angeles; the riots and the strange beauty of hetero-architecture*, Londres: St. Martin Press.
- KATZ, P. (1994), *The new urbanism. Toward an architecture of community*, Nueva York: McGraw-Hill.
- KEIL, R.; RONENBERGER, K. (1994), "Going up to the country, internationalisation and suburbanization on Frankfurt's northern fringe", *Environment and Planning, Space and Society D*, "Edge cities in western Europe", vol. 12, 2, 137-166.
- KOOLHAAS, R.; MAU, B. (1995), *S M L XL-O.M.A.*, Nueva York: Monacelli Press.
- KOTKIN, J. (2000), *The new geography. How the digital revolution is reshaping the american landscape*, Nueva York: Random House.
- KRIEGER, A.; LENNERTZ, W. (ed.), *Andres Duany and Elizabeth Plater-Ziberk: towns and town-making principles*, Nueva York: Rizzoli.
- LANZANI, A.; BOERI, S.; MARINI, E. (1993), "Nuovi spazi senza nome", *Casabella*, 597-598, 74-76.
- LEFEBVRE, H. (1974), *La production de l'espace*, París: Ed. Anthropos.
- (1991), *The production of space*, Cambridge (MA): Blackwell.
- LEHRER, V. A. (1994), "Images of the periphery: the architecture of flexispace", *Environment and Planning, Space and Society D*, "Edge cities in western Europe", vol. 12, 2, 187-205.

- LESSINGER, J. (1991), *Penturbia. When real state will boom after the crash of suburbia*, Seattle: Socio-economics Inc.
- LINCOLN INSTITUTE OF LAND POLICY (1995), *Alternatives to sprawl*, Cambridge (MA): LILP.
- McKENZIE, E. (1994), *Privatopia: homeowner associations and the rise of residential private government*, New Haven: Yale University Press.
- MAGNAGHI, A. (1990), "Dalla cosmopoli alla città di villaggi", PABA, G. (ed.), *La città e il limite y confini della città*, Florencia: GEF.
- MAGNAGHI, A. (ed.) (1991), *Il territorio de l'abitare. Lo sviluppo locale come alternativa strategica*, Milán: Franco Angeli, 21-72.
- (2000), *Il progetto locale*, Turín: Bollati Boringhieri.
- MARTINOTTI, G. (1993), *Metropoli*, Bologna: Il Mulino.
- MITCHELL, W. J. (1996), *City of bits*, Cambridge: MIT Press.
- (1999), *E-polis: urban life Jim -but not as we know it*, Cambridge (MA): MIT Press.
- MONCLÚS, F. J. (1998), "Suburbanización y nuevas periferias", MONCLÚS, F. J. (ed.) *La ciudad dispersa*, Barcelona: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 5-16.
- MUMFORD, L. (1984, 1961), *The city in history. Its origins, its transformations and its prospects*, Nueva York: Hardcourt Books.
- NEL-LO, O. (1997), "Els confins de la ciutat sense confins. Estructura urbana i límits administratius a la ciutat difusa", CASTAÑER, M.; FALGUERAS, J.; VICENTE, J., *La ciutat difusa i les perifèries. Experiències de planificació i gestió*, Girona: Universitat de Girona, 55-72.
- ROSINI, R. (1988), *La metropoli diffusiva*, Bologna: CLUEB.
- RUSK, D. (1993), *Cities without suburbs*, Washington: W. Wilson Press.
- SAVINO, M. (1997), "Città diffusa"; "reti"; "ambienti insediativi": *la ricerca di una verosimile definizione dei processi di trasformazione del territorio*, documento mecanografado.
- SCOTT, A. J.; SOJA, E. (1996), *The city: Los Angeles and urban theory at the end of the twentieth century*, Berkeley: University of California Press.
- SCOTT THOMAS, G. C. (1998), *The United States of suburbia: how the suburbs took control of America and what they plan to do with it*, Nueva York: Prometheus Book.
- SACHS, I. (1996), *Quelles villes poure quelle development?*, París: PUF.
- SECCHI, B. (1995), "Cambiamenti", *Casabella*, 622, 18-19.
- SIEBBERG, T. (ed.) (1995), *Heterotopia: postmodern utopia and the body politics*, Ann Arbor: University of Michigan Press.
- SMITH, N. (1996), *The new urban frontier. Gentrification and the revanchist city*, Londres: Routledge.
- SOJA, E. (1989), *Post-modern geographies: the reassertion of space in critical social theory*, Nueva York: Verso.
- (1996), *The third space: journeys to L.A. and other real-and-imagined places*, Oxford: Blackwell.
- (1999), "Six discourses on the postmetropolis", *Cartas urbanas*, 5, 6-20.
- (2000), *Postmetropolis*, Oxford: Blackwell.

- SORKIN, M. (1993), *Local code: the construction of a city at 42 degrees N latitude*, Princeton: Princeton Arch. Press.
- (ed.) (1994) *Variations on a theme park: the new american city and the end of the public*, Nueva York: Noonday Press.
 - (1994) "See you in Disneyland", *Variations on a theme park: the new american city and the end of the public*, Nueva York: Noonday Press, 205-232.
- SPECTORSKY, A. (1955), *The exurbanities*, Philadelphia: Lippincott.
- SUDJIC, D.; SAYER, P. (1992), *The 100 mile city*, Londres: Andre Deutsch.
- TEAFORD, J. (1997), *Post-suburbia: government and politics in the edge cities*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- TEYSSOT, G. (1981), "Eterotopia e storia degli spazi", RELLA, F., *Il dispositivo Foucault*, Venecia: Cluva, 23-36.
- TILL, K. (1993), "Neotraditional towns and the urban villages: the cultural production of a geography of the "otherness", *Environment and Planning, Space and Society D*, "Edge cities in western Europe", vol. 11, 2, 711-732.
- TORRES, M. (1996), *Geografie della città. Teorie e metodologie degli studi urbani dal 1820 a oggi*, Venecia: Cà Foscari.
- VERDÚ, V. (1996), *El planeta americano*, Barcelona: Anagrama.
- (2000), "La ciudad privada", *El País*, 16 de noviembre.
- VICENTE, J. (1998), "El procés de construcció de l'àrea urbana de Girona. Plans, discursos i realitat", tesis doctoral, Girona: Universitat de Girona.
- ZUCKIN, S. (1998), *Landscapes of power: from Detroit to Disney World*, Los Angeles: California University Press.

Resum

L'article presenta un recull de paraules i conceptes, neologismes, que des dels anys noranta pretenen donar nom a nous fenòmens urbans. En buscar els orígens, intenta explicar-ne els significats i les interrelaciona. L'objectiu és doble: d'una banda, es vol clarificar un llenguatge sovint confús i, de l'altra, es pretén trobar línies d'interpretació de la ciutat contemporània.

PARAULES CLAU: *ciutat postmoderna, new urbanism, nous processos d'urbanització.*

Abstract

This text is a collection of words and concepts, neologisms, that since nineties try to give name to new urban phenomena. It searches its origins, their several meanings and relationships. The goal is double: on one hand, to clarify a language usually confuse and, on the other hand, to find behind the words clues to understand the contemporary city.

KEY WORDS: *new processes of urbanization, new urbanism, post-modern city.*